

LOS LIBROS DE CABECERA*

Roberto F. Giusti*

La época actual se caracteriza por el exceso de lectura, se lee demasiado y mal. Se precisa entonces de libros agradables, de libros preferidos, deseados y amables y a ello equivalen los denominados libros de cabecera. Antes los había: para cada cultura, para cada alma, para cada temperamento existía una obra inmortal.

Hoy se vive de prisa y sólo se hojean los libros sin deleite ninguno, sin la pasión devoradora de antaño y de manera dispersa. Es necesario concentrarse y frecuentar la lectura por amor, no por obligación y esto infunde desde el hogar donde se debe soñar para los hijos la aventura maravillosa de leer.

Oigo quejarse a los libreros: ya no se lee. No pienso como ellos. Me parece que se lee demasiado. Demasiado y mal.

La crisis de incultura que atravesamos, honda hasta el punto de poner miedo como una sima que pueda tragarnos a todos, no nace de que las bibliotecas se cierren y las librerías quiebren, sino tal vez, por aparente paradoja, de lo contrario, de la posteridad de unas y otras.

Antes un libro se leía. Ahora se hojean muchos libros, se leen sin elegir, a la ventura, corriendo detrás de la moda, o del capricho, o de la *réclame*. La versatilidad con que pasamos de libro a libro tiene algo del

* Artículo cedido gentilmente por la Universidad de Antioquia-Departamento de Bibliotecas, de su publicación: *La Biblioteca informa* No. 23 (mar. 1992)

* (1887-1978), este escritor y crítico literario nació en Italia, en Lucca, el 10 de marzo de 1887. La Argentina absorbió poco a poco al muchachito, que un día se sorprendió pensando en castellano, castellano de Buenos Aires, pero castellano al fin. Profesor de literatura y gramática castellana y Premio Nacional de Literatura.

donjuanismo callejeante de nuestras grandes ciudades. Dos, tres flirts para una sola tarde. Dos, tres, más libros para una sola velada.

Ya dijo el poeta: *J'ai lu tous les livres et je suis malheureux*; pero su desolada fatiga era bien poca cosa comparada con la nuestra. Si no hemos leído todos los libros, aspiramos a leerlos; y así, al cansancio y al tedio de la lectura, se suman la enervación y la inquietud del anhelo insatisfecho. ¿Qué persona medianamente culta se atreve a declarar con orgullo: No, no conozco ese libro, ese autor, esa nueva escuela...? Es de buen tono, casi es obligatorio conocer el último libro expuesto en los escaparates por el último versificador francés, italiano o autóctono, la última receta literaria descubierta por el último snob.

Y cuando, después de esta carrera loca a través de todas las literaturas y de todos los libros, sobreviene la fatiga y el hastío ¿tenemos acaso en algún rincón secreto de nuestras preferencias un libro amigo dónde reposar? ¿Un libro que sea como un jardín escondido y tranquilo donde convalezcamos de aquella fiebre? ¡Ay, no! Todos hemos vivido, creo, aquella página en que Jacinto y el príncipe de "La ciudad y las tierras" del grande Eca de Queiroz, deseando recogerse a su cama con un libro, después de contemplar los setenta mil volúmenes de su biblioteca, y revolverlos y derrumbarlos, se decide al fin, descorazonado, mareado, previamente hartado, por acostarse con el "Diario de noticias". Un libro de cabecera, eso le faltaba al príncipe, como tantas otras cosas amables, en el medio de su *spleen* y del tumulto de la ciudad. Y si el lector lo ha seguido hasta su aldea, escondido en la sierra, y lo ha visto recobrar la salud, la paz, el contento y la dicha, y reconciliarse con la vida, recordará que Jacinto comprendió un día la inmensa delicia de leer *un* libro. El hombre de los setenta mil volúmenes, ahora, en su casa de Tormes, después de resucitado, era el hombre de un solo libro: La Odisea.



Nuestros padres, nuestros abuelos, todavía conservaban su libro de cabecera. Aun podían decir: Mi poeta es éste. Era Goethe, era Schiller, era Byron, era Heine, era Lamartine, era Lorpardi... ¿Pero nosotros?

¿Podemos decir en verdad cuál es nuestro poeta? A muchos admiramos, a algunos preferimos, tal vez a uno; pero ¿cuánto tiempo ha transcurrido, lector, desde la última vez que leíste *tu* poeta? ¿O es que me equívoco y lo tienes siempre a mano como un libro de horas?

Para cada cultura, para cada alma, para cada temperamento había una obra inmortal. ¿De cuántos han sido libros de cabecera la Biblia, Homero, El Quijote, Kempis, leídos asiduamente en los días fastos y en los nefastos, para regocijo o descanso en aquellos, para distracción o consuelo en éstos?. El adolescente o el varón que soñaban con hechos grandes tenían junto a la almohada su Plutarco; las almas que buscaban alivio o sus pesares, a Marcó Aurelio o a Boecio; los hombres reflexivos y tolerantes, quizá algo misántropos, a Montaigne; *les esprits forts* a los enciclopedistas; los soñadores descontentos, a Rousseau; los jóvenes apasionados, el Warther; los corazones ligeros y tiernos, fáciles de ganar por la risa y por el llanto, a Dickens...

¿Cómo no he de recordar en este momento a aquel anciano amigo de la adolescencia, clavado en el lecho por la parálisis, lector insaciables, sí, pero en cuyas lecturas volvían siempre a modo de renovado motivo, Byron y Voltaire? El me hizo amar a los dos. Y fueron tal vez aquellas blasfemias del *Caín* y aquellas burlas del *Cándido*, las que abrieron la primera brecha en la ingenua piedad de mi niñez, formada sobre los santorales que le leía a mi abuela, mientras ella tejía las gruesas medias de lana.

Porque también nuestras abuelas, aunque nada letradas, tenían su libro de cabecera. En la vejez, la vida del santo de su devoción; antes, en la edad romántica, algún novelón que aún recordarás, lector, haber visto en tu infancia, andar por la casa, descosido y ajado: Los Doce Pares de Francia, Genoveva de Brabante... ¡Pobres e inocentes lecturas! Hoy nuestras muchachas devoran incansablemente, sin volver nunca la vista atrás, las cien novelitas baratas que aparecen por semana; y las más refinadas, todas las *Claudinas* que por esos mundos se publican, toda la literatura de exportación.

Es que vivimos con muchas prisa. Lo sé. No juzgo, comparo. Hasta en la música popular, que parecería por su naturaleza, deber fijarse por más tiempo en la memoria y en el corazón, el cambio vertiginoso es la ley. ¿Qué se hicieron aquellos valsos de ayer que pudimos creer involi-

dables? ¿Qué ha sido del tango y del foxtrot del pasado Carnaval, tocados, cantados, silbados por una ciudad entera? ¿Quién los tararea ya? ¿Cuál es hoy, hoy mismo el tango de moda? Toda una larga generación amó arrullada por las romanzas de Tosti; pero, de nuestras canciones, nuestros hijos, ¿cuál podrán recordar mañana con nostálgica melancolía, porque se la oyeron cantar repetidamente a sus madres?

Tengo por cierto que esta mudanza continua del gusto y dispersión del interés, no pueden ser propicias al nacimiento de fuertes y nobles espíritus. Donde no hay concentración no hay riqueza; y bien sabemos que prácticamente, salvo en rarísimos casos, la extensión se opone a la profundidad. Así como el callejero don Juan al que me refería poco antes, se irá de este alegre mundo de sus fáciles aventuras, sin haber conocido un solo amor verdadero, por igual motivo el lector que mariposea de libro en libro, deshojándolos todos aunque sin libar largamente en ninguno, morirá con el alma vacía. No concibo la existencia de un real talento que no haya sufrido la bienhechora influencia de algunos libros no comunes. Si recorremos la biografía de los escritores ilustres, antiguos y modernos, siempre hallaremos en su iniciación uno o varios autores predilectos. La historia de la literatura es en gran parte la historia de los libros de cabecera. Es lástima que Rodó, en sus *Motivos de Proteo*, libro rico de sugerencias, no haya desarrollado con mayor amplitud este aspecto del hallazgo de la vocación. Alude a él en el capítulo donde trata de la lectura como hecho provocador de la actitud que se reconoce a sí misma, y cita oportunamente, entre otros, el ejemplo de *Iliada* cuando ofrece a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles, y el de *Los Comentarios* de César, sirviéndoles de consejeros y amigos a Bonaparte y a Condé, y el de *Los Mártires*, que anuncian a Thierry su vocación de historiador; pero la mayoría de las anécdotas citadas por el admirable moralista uruguayo, interesantes todas, son ejemplos de estímulo súbito producido por alguna improvisada lectura sobre almas en las cuales dormía la vocación, sólo esperando para despertarse el "fiat lux" y no de la influencia tenaz, prolongada, profunda, ejercida por un autor o por un libro sobre un talento. ¿Quién podrá decir cuántos esforzados varones ha formado la asidua lectura de Plutarco? ¿Quién sabrá medir la sutil influencia de Maquiavelo? ¿Cuántos versos suavísimos ha dictado el Petrarca?

Tendría la respuesta, sorprendente, si pudiéramos, videntes del pasado, evocar las vigilias de tantos niños, de tantos mozos reconcentrados y soñadores, que más tarde habían de ser famosos, y llegándonos de

noche junto a su lecho, leyéramos, por encima de sus hombros, en el libro que están leyendo.

Más de una vez me he preguntado si actualmente leemos por gusto o por deber, por obligación que se nos impone o que nos imponemos. Que si fuera esto último, estaríamos muy lejos de la afición, del entusiasmo, de la devoción de que he venido hablando hasta ahora. Hablo de la afición tenaz de un libro que hace escribir a Montaigne, a propósito de *Las Metamorfosis* de Ovidio: "Hacia los siete u ocho años dejaba, por leerlos, todos los demás entretenimientos". Hablo de la pasión que Homero, aprendido de memoria, despierta en Schliemann, hasta inducirlo a comprometer todo su haber de comerciante enriquecido, en la empresa de desterrar en Troya a las ciudades ciclópeas. Hablo de la devoción que sentía Flaubert por Chateaubriand, a quien veneraba al extremo de declarar que hubiese dado su obra entera por dos líneas suyas.

Leer, por leer, sin amor y sin fe, porque digan que hemos leído, es otra cosa. El marinero desembarca en innumerables puertos, pero de su fugaz estado en cada uno, no lleva a bordo sino un recuerdo vago, acaso alguna ebriedad y mucho cansancio. No se ha detenido en ninguno, en ninguno ha amado, padecido, gozado. Nada podrá construir sobre esas sombras de impresiones. Su alma es un caleidoscopio. Pero haced que ese hombre regrese todos los años a su aldea, y ahí, al encontrarse con los suyos y entre las paredes de su casa, reviva los recuerdos de ayer y conciba una esperanza para mañana: podrá después lanzarse de nuevo por esos mares, pero en su alma habrá más que una niebla de imágenes; habrá un cariño, añoranzas, ilusiones, fe... Como el marinero que navega siempre, sin parar en ninguna tierra, es el lector de infinitos libros. En cambio, podríamos comparar al lector naturalmente curioso de muchas lecturas, pero fiel a unas pocas, con el que de tiempo en tiempo vuelve a sentarse junto al hogar nativo y descansa de las fatigas del viaje y a sentir palpitaciones sobre su pecho corazones amados.

Comprendo que si viajar es necesario, según dice un lema latino, no lo es menos variar de lectura. No llevo mi razonamiento al absurdo de pretender que nos encerremos en un sólo libro. Nos asfixiaríamos, por vasto que él fuera. Pero repetiré con Ruskin: "Hay libros buenos para una hora y libros buenos para todo el tiempo". Sin el amor a éstos, no concibo la verdadera cultura; sin embargo, esa especie de amor va desapareciendo del mundo. Debemos hacer lo posible para que así no

sea. Es menester que nuestros hijos tengan sus libros de cabecera y que los frecuenten por amor, no por obligación.

Podríase lógicamente pensar que tal tarea incumbe a la escuela. Pero nuestra escuela va dando tumbos patrióticamente de fiesta en fiesta y de gripe en gripe, y por el momento no tiene tiempo para ocuparse de estos asuntos. Los padres cultos, celosos de la suerte intelectual de sus hijos, están llamados a reemplazarla en la dedicada tarea de crear en los jóvenes el amor a las cosas bellas y nobles, entre ellos los libros inmortales. El cariño les sabrá inspirar las artes sutiles que requieren para triunfar en la empresa, nada fácil porque el ambiente le es formidablemente adverso.

¡Oh, la enorme atracción que ejerce sobre el espíritu del niño un viejo armario que los mayores abren de tarde en tarde con sigilo y miramiento! Puede ser para el niño como descubrir un tesoro, hallar en ese armario un viejo libro famoso, de cubierta ennegrecida por los años y el uso, y cuyo texto y cuyas láminas, grandes y bellas, le pueblen la fantasía de ilusiones sublimes o de imágenes rientes.

Yo sueño para mi hijo tamaña aventura maravillosa. Que algún día él pueda contar, como lo ha hecho Enrique Heine en una página inolvidable, de qué modo descubrió el Quijote y recreóse su tierno corazón, leyendo en el jardín de su casa, sobre un viejo banco de piedra musgosa, las nunca oídas hazañas del osado caballero, y cómo lloró hasta el punto de creer que nunca se consolaría, aquel melancólico día de otoño en que llegó al capítulo en que el caballero de la Blanca Luna -¡el bachiller Carrasco!- derriba al más valiente y al más noble de los Hidalgos.

Tomado de EL LIBRO Y EL PUEBLO. México, D.F. Números 21-23. (oct.-dic. 1966).